Castro de Galtzarra (valle de Lana). Excavación arqueológica de la muralla

da con ripios de algo más de 3 m de anchura. Se ha comprobado en excavación arqueológica que se conserva un alzado medio de 1,4-1,5 metros pero, a tenor del cubicaje que proporciona los materiales de su derrumbe, pudo haber alcanzado una altura absoluta comprendida entre los 3 y los 4. Frente a ella, al menos en un pequeño tramo de su recorrido, se excavó un foso artificial en la roca que aún habría hecho más notorio su aislamiento topográfico frente al exterior desde la sierra.

En el extremo meridional del recinto, en el punto donde confluyen la muralla y el acantilado rocoso, se ha descubierto la puerta de entrada al castro así como el vial que conduce hasta ella, que está flanqueado por sendas torres de planta subcircular. Esta fortaleza de entrada estratigráficamente muestra dos fases constructivas: una primera que es una interrupción de la muralla con entrada en ángulo recto y un segundo momento con paso en esviaje y refuerzo del tramo final del camino de entrada mediante un lienzo de muralla y una tercera torre, en este caso albarrana, que estrangula el pasillo de entrada sobre el escarpe rocoso del terreno. A simple vista no se reconocen más torres en el perímetro del castro, si bien creemos que debió tener otra en el extremo septentrional de la fortificación.

El *Oppidum* de Turbil

El yacimiento de Turbil ocupa un abrupto cerro testigo alargado de forma irregular correspondiente a un antiguo glacis de erosión del piedemonte de la sierra de Ujué. Con un probable origen en el Bronce Final como poblado amurallado estable, creemos que alcanzó su máximo desarrollo urbano en las últimas centurias de la Edad del Hierro (siglos IV-primer tercio del II a. C.), cuando se convirtió en un gran oppidum o ciudad fortificada en altura. Jugó un papel principal como lugar central dentro de la ordenación del territorio durante el Hierro Final en esa parte del somontano navarro (cuenca fluvial del Cidacos, plana de Olite y sierra de Ujué), seguramente como centro de poder político, económico y, quizás, también religioso. Creemos que, como núcleo de población vertebrador del territorio, pudo desaparecer en la primera mitad de la segunda centuria del siglo II a. C., es decir, en el curso de la conquista romana de esta parte del valle del Ebro.

El *oppidum* de Turbil muestra una arquitectura orgánica de cierta complejidad. Grosso modo ocupa una extensión de 30.000 m2, lo cual no es sino producto de su dilatada trayectoria histórica. Su desarrollo inicial debió estar en el Bronce Final o el Hierro Antiguo, cuando se ocupó y estructuró un recinto, que denominamos primero, situado en el espolón nororiental de este gran cerro testigo amesetado, de unos 6.000 m2 de superficie, lo que debió constituir un pequeño castro. En una fase de expansión todavía indeterminada de la Edad del Hierro, que podría situarse a partir del siglo V a. C., este primer recinto se amplió por su flanco oeste con un segundo espacio, de parecida superficie (6.100 m2) y también fortificado, quizás por el aporte de las poblaciones procedentes de los pequeños poblados de la comarca que se abandonaron cuando en Turbil se estableció un nuevo orden territorial. Sobre este último recinto, por su flanco occidental, a una cota inferior se le adosó un tercer recinto de hábitat o barrio de casas ocupando una superficie de unos 8.800 m2.

Todo este complejo de recintos murados yuxtapuestos está protegido por el Sur, la parte topográficamente más vulnerable del cerro, que se extiende hacia el mediodía, por un antecastro, acrópolis o fortaleza de entrada, que es una estructura totalmente aislada al exterior, de unos 1.550 m2 de superficie; esta notable construcción, que está a la misma cota que el segundo recinto pero unos 5-10 m por encima del tercero, está protegida al Norte y al Sur por dos fosos excavados en el terreno. Particularmente grande es el segundo de los fosos, que no por casualidad se ubicó en la zona más estrecha del cerro (donde se estrangula y reduce su anchura a 20 m, lo que constituye un auténtico cuello de botella) y por donde, gracias a que el relieve era más factible y llevadero, era relativamente fácil el paso del enemigo en un planteamiento de ataque desde el exterior. En cuanto a los accesos y las puertas de entrada a los recintos, dos estrechas rampas de paso por el Norte permiten ingresar al primer y tercer recinto, que parten del mismo sitio, punto desde donde también se accede al segundo a través de una angosta entrada en embudo.

En líneas generales se trata de un esquema poliorcético realmente complejo por su estructuración, adaptado con mucha lógica a la orografía del terreno en este sitio y que aglutina diversos elemen-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Boletín de la Asociación española de amigos de los castillos. #175-178, 1/12/2014.